



Historias

Eduardo llegó a Madrid hace siete meses. Es de Quito, la capital de Ecuador, y forma parte del grupo de inmigrantes latinoamericanos que más ha crecido en los últimos años. Según el Informe Anual 2002 sobre el racismo en el Estado español, publicado este año por la organización catalana SOS Racismo, los ecuatorianos residentes legales en España al 31 de diciembre de 2001 sumaban 84 mil 699, es decir, eran el segundo grupo más grande después de los marroquíes. Pero también ocuparon un lugar relevante en cuanto al número de ingresos denegados, después de colombianos y marroquíes.

Eduardo trabaja en un restaurante del Centro de Madrid, muy cerca de la Puerta del Sol. Es privilegiado: Encontrar empleo en la rama de la hostelería no es nada fácil. Es un tipo de trabajo que sigue siendo ocupado mayoritariamente por españoles y se trata de un puesto bien remunerado. Comúnmente los extranjeros son ubicados en las cocinas ayudando en la elaboración de alimentos y lavando la vajilla. Para Eduardo el actual es su tercer empleo: Tiene que trabajar doce horas diarias: de dos de la tarde a dos de la madrugada. Además, su patrón trata muy mal a los empleados, entre los que destacan él y un rumano: "Racista es la palabra para definirlo", me dice. Ya pudo rentar un apartamento muy cerca de su lugar de trabajo, así no gasta en transporte y se ahorra tiempo. Su esposa y sus dos hijos, el menor de apenas un año, se quedaron en Ecuador a la espera de que él pueda regularizar su situación migratoria y de que les envíe dinero. Se siente muy triste, pues no sabe cuándo volverá ver a su familia. Me explica que la razón por la que decidió trasladarse a España fue económica: Sale más barato llegar a Europa que entrar a Estados Unidos; además un primo ya estaba en Madrid y eso le facilitó la llegada. El único aliciente son las personas con las que logra entablar una charla y las mujeres que ve pasar o le toca servirles: Son muy majas, concluye.

Gustavo y Salvador se toman una cañas en el Museo del Jamón; es viernes y acaban de salir del "curro". Trabajan de albañiles, poniendo baldosas. Ambos son residentes legales y llegaron de Ecuador en diferentes tiempos. El menor, Gustavo, un tipo bajito y con evidente deje español, tiene ya siete años en España. Sin embargo, en Madrid sólo lleva tres meses. Antes estuvo en Andalucía, hasta que consiguió sus papeles. No está casado y se muestra orgulloso de enviarle a su madre y hermanos 200 euros al mes (equivalentes a 200 dólares). Con eso viven a "toda madre". Un albañil gana en Madrid aproximadamente 700 euros al mes. Sólo les pagan los días trabajados; sábado y domingo no hay trabajo, no hay paga. No es como tú, me dice, que estás aquí y estás ganando tu salario.

Gustavo y Salvador se conocieron en la chamba. Salvador tiene dos años y medio en España. Le hubiera gustado viajar a trabajar a Estados Unidos. Ahora es más complicado y más costoso. Sin embargo, España pudiera convertirse en la puerta de entrada a Estados Unidos. Una vez que consiguen la residencia, pueden ingresar sin grandes dificultades de manera legal. Me explican que la estrategia para la llegada a España es tomar un vuelo que haga escala en Amsterdam, Holanda. Ahí les sellan su pasaporte, sello que les facilita la entrada en el aeropuerto de Barajas en Madrid.

A las doce de la noche, un grupo aproximado de 200 migrantes se instalan frente al Metro Sol. Traen sus bolsas y mantas que despliegan con celeridad frente al monumento del Oso y el Madroño, ocupando de manera perfectamente alineada buena parte de la Calle de Preciados. La gente se arremolina en torno suyo. De pronto se escucha una sirena o alguien da la voz de alarma de que se acerca una patrulla de la Policía Municipal y en segundos mercancía y comerciantes indocumentados desaparecen; pero en cuanto han pasado los policías, el mercado ha sido instalado de nuevo, en medio del asombro de compradores y paseantes que llegan a brindarles aplausos por la faena. A los africanos y latinoamericanos se ha unido un numeroso contingente de orientales que, la mayoría, se dedica a vender bocadillos a altas horas de la noche.

Me informan que la razón para que los comerciantes indocumentados se instalen de madrugada es que durante el día y la tarde no les permiten vender porque representarían una competencia desleal al comercio instalado en el Centro de la ciudad. Y vaya que compiten: Por ejemplo, un disco compacto que en El Corte Inglés se vende a 15 euros, en el tianguis nocturno se consigue una copia exacta por 3 euros.

España ha visto crecer el fenómeno de la inmigración de manera acelerada en la última década. Ocupa ya el tercer lugar entre los temas de mayor preocupación en la sociedad española, después del empleo y el terrorismo. En contraste con tiempos no lejanos la diferencia y los otros ya llegaron para quedarse y para permitir que España recupere el crecimiento de la población que habrá de activar su economía y mantener los sistemas de seguridad y de retiro para los españoles de la tercera edad que siguen incrementándose.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.